



SIMPOSIO INTERNACIONAL

De Doctrina social de La Iglesia en el 40 Aniversario de *Populorum Progressio*

EL DERECHO A UN DESARROLLO INTEGRAL



LOS PROBLEMAS DE DESARROLLO EN EL MUNDO

José Sánchez Jiménez.

Universidad Pontificia de Salamanca
Campus de Madrid

Una relectura de la Encíclica, con motivo de la celebración que nos reúne, me ha llevado a buscar y a referirme básicamente a tres asuntos:

1º. Unas breves referencias al contexto sociohistórico en el que la encíclica fue recibida mediados los años sesenta del siglo pasado, y al hilo de los múltiples cambios, transformaciones, e incluso conflictos, dentro y fuera de la Iglesia, que aventuraron unos años setenta verdaderamente decisivos en la transformación económica, social, política y religiosa de la sociedad española.

2º: Otra referencia, también breve, a la situación presente; a un primer mundo que, lejos de hallarse en la mejor de sus situaciones, se enfrenta a unas dudas e incertidumbres que tienen mucho que ver con lo que U. Beck, el sociólogo alemán, conocido en España a partir de su libro “La sociedad del riesgo”, ha reiterado, en el pasado verano con un título aún más taxativo: “Vivir en la sociedad del riesgo mundial”.

3º: Considerar, también con brevedad, los nuevos interrogantes con que enfrentan hoy el propósito de acabar con la guerra, la erradicación del hambre, el avance de un proceso a favor de vidas dignas para todos, las nuevas vías y formas de realización de la justicia y el siempre presente propósito y objetivo de acceder, de mantener y de hacer progresar la paz.

* * *

La relectura actual de la encíclica *Populorum Progresio* sorprende, no sólo por su concisión, claridad y orden, sino también porque el lenguaje de los textos pontificios ha variado luego extraordinariamente. Desde el punto de la forma, aquí más directa e inmediata, se explicita, una vez más, la obligación, mejor aún, la necesidad, de la Iglesia de “ponerse al servicio de los hombres”, y de “convencerles de la urgencia de una acción solidaria en este cambio decisivo de la Historia de la Humanidad”. La “cuestión social –constata y ratifica Pablo VI- ha tomado una dimensión mundial”: “los pueblos hambrientos interpelan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos”; “la Iglesia sufre ante esta crisis de angustia , y llama a todos para que respondan con amor al llamamiento de sus hermanos” (núm. 3).

El propósito y el plan son evidentes; y Pablo VI lo recoge con la claridad y contundencia más felices al referir los “datos del problema” y especificar las “aspiraciones de los hombres”:

Verse libres de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable; participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres; ser más instruidos en una palabra, hacer, conocer y tener más para ser más; tal es la

aspiración de los hombres de hoy, mientras que un gran número de ellos se ven condenados a vivir en unas condiciones que hacen ilusorio este legítimo deseo... (6).

A continuación, indica que una independencia política, tal como se vino llevando a efecto a lo largo del proceso descolonizador, resulta insuficiente, si no perjudicial incluso, de no tener abiertas vías para un crecimiento autónomo y digno, social y económico, con vistas al pleno “desarrollo humano” y al logro del lugar que les corresponda en “el concierto de las naciones”.

El contexto sociohistórico de la Encíclica P. P.

La recuperación tras la Guerra Mundial fue prioridad absoluta en los países europeos y en Japón; una recuperación que también representaba, aparte del antídoto más eficaz como el avance comunista, la superación de miedo a la revolución social. Una vez conseguidos niveles de renta similares a los de preguerra, comenzaba el arribo a la “sociedad opulenta”; el primer ministro Harold McMillan ganó las elecciones de 1959 tras una campaña basada en esta frase: “Jamás os ha ido tan bien”; se acelera la marcha hacia la prosperidad con un mundo industrial que se expande por doquier; y se llega a tener conciencia de que se están viviendo los “años dorados” cuando el comercio mundial se multiplicó por diez a lo largo de la década. El modelo de “producción en masa” que había lanzado H. Ford convirtiendo el disfrute del automóvil en el más gratificante de los triunfos, permitió aplicar estos cauces de publicidad a las nuevas formas de producción desde casas a comidas rápidas (*fast foods*). Lo que hasta ahora había sido un lujo, se llegó a convertir en indicador de bienestar habitual:

neveras, lavadoras, teléfonos, automóviles... “En resumen –comenta Hobsbawm- ahora al ciudadano medio de esos países le era posible vivir como sólo los muy ricos habían vivido en tiempos de sus padres, con la natural diferencia de que la mecanización había sustituido a los sirvientes”¹.

De forma similar, pero poniendo el énfasis en los contraefectos o efectos no queridos, se pronunciaba casi al mismo tiempo el sociólogo Ralf Dahrendorf:

"Mientras que el mundo desarrollado busca nuevas fuentes de crecimiento, el mundo menos desarrollado se hunde cada vez más en la ciénaga del hambre, la enfermedad y la tiranía. De los cinco mil millones de seres humanos que pueblan el globo a finales de la década de los 80, cerca de mil millones forman parte de una manera u otra, del mundo que goza de oportunidades vitales cada vez mayores. Pero en el otro extremo de la escala, otros mil millones se encuentran marginados. La mayor parte de éstos cuentan con pocas posibilidades de sobrevivir en la próxima década. La mayoría de los que se encuentran entre estos dos extremos -tres mil millones de seres humanos- pueden abrigar la esperanza, como mucho, de sobrevivir dentro de su ciclo tradicional de pobreza. No hay el más mínimo signo de que la riqueza de Primer Mundo, o incluso la modesta prosperidad del Segundo, y mucho menos el dinamismo de los *nics*, los países recién industrializados (*the newly industrializing countries*), rebose y caiga sobre el resto. Para los amigos de la libertad, estos resulta intolerable"².

En España, mientras tanto, se vive el proceso de industrialización anejo a los Planes de Desarrollo, que suponen, aparte del trasvase poblacional del campo a la ciudad, o la emigración creciente hacia países europeos demandantes de mano de obra, la más profunda de las

¹ E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995, pág. 267-

² R. Dahrendorf, *El conflicto social moderno. Ensayo sobre la política de la libertad*, Mondadori Españas. A., Madrid, 1990, pág. 12

transformaciones sociales. Tanto por la acelerada emigración, como por la influencia de ideas, apuestas y conductas que desde fuera nos invaden, la sociedad cambia a velocidades nunca antes conocidas. Aparte el “impacto” que genera en cualquiera de las dimensiones o prismas que se miren, resulta hoy patente que las repercusiones del Concilio Vaticano II llegaron mucho más allá de lo que los poderes públicos quisieran, o incluso de cuanto la Jerarquía eclesiástica parecía dispuesta a aceptar.

La Iglesia, y amplios sectores de la sociedad, se vieron sorprendidos por el Concilio; y tanto la Jerarquía como los creyentes debieron aceptar una “suerte de conversión”, al hilo en primera instancia de la *Gaudium et Spes*, de la *Dignitatis Humanae*, o de la *Lumen Gentium*. Los cambios económicos y políticos, con sus profundas repercusiones culturales y espirituales hicieron perder actualidad a las estructuras sociopolíticas en escena, así como a instituciones y formas eclesiásticas en que se había apoyado la vida de la Iglesia.

Llegó, tal como en más de una ocasión se ha comentado, la *crisis*; en parte porque por primera vez, y de forma manifiesta y patente, no clandestina, aparecía un pluralismo de diverso tipo: costumbres que se transforman, vivencias que se alteran, exigencias antes no acostumbradas, unos movimientos de trabajadores y de estudiantes que rompían definitivamente el coloso estatal que les controlaba y luchaban por encauzarles; unas maneras de vivir que habían roto con la vieja “rutina de aldea”; unas disfunciones y más tarde conflictos generacionales que perturbaban la tradicional ordenación familiar; una ruptura de normas, incluso morales, de manera explícita e incluso airada que acababa descatalogando orientaciones y previsiones de futuro; unos enfrentamientos, con patente, o denominación de origen, religiosa que

acabaron en crisis de la Acción Católica, excesivamente dura y dolorosa para una Jerarquía eclesiástica que acaba de organizarse como Conferencia Episcopal³.

En mitad de esta descripción, que de momento puede resultar lóbrega, resalta con vigor, esperanza y optimismo la preocupación, y hasta el optimismo creciente en el avance de la Doctrina Social Católica, que decantan muchos y muy variados documentos, desde la prensa diaria a la periódica, desde revistas de Teología, a otras también interesadas en la búsqueda de un concepto y praxis de “desarrollo” como algo más que simple crecimiento económico. *Iglesia Viva*, en aquellos años dirigida por F. Sebastián, J. A. Ubieta, J. M. Setién, R Belda y G. del Olmo –algunos de ellos profesores o alumnos de la Facultad de Sociología que había surgido del Instituto Social León XIII⁴.

Se suceden en la misma, una introducción del cardenal P. Pavan, que presenta el documento y concreta los objetivos del Papa al publicar este jugoso texto; y oferta, entre otros, textos sobre capitalismo y socialismo ante una situación de subdesarrollo que parece incitar a la violencia revolucionaria. Pero, entre todos, destaca un jugoso ensayo del P. Llanos que se interroga sobre lo que la “*Populorum*” dice a los españoles; en un sano intento de equilibrar la crítica de la situación con el optimismo y esperanza en el futuro:

“Escribo esto desde un suburbio a media hora de Madrid donde todavía expropiadas, pero habitadas, existen 1800 chabolas. No diré como demasiadas veces se ha dicho que no se ha hecho nada. Ahí están numerosos testimonios de buenas voluntades con sus frutos innegables, pero a su lado está lo que duele tanto, la capital del

³ W. J. Callahan, *La Iglesia católica en España(1875-2002)*, Crítica, Barcelona, 2002.

⁴ *Iglesia Viva* 10/11, Salamanca-Bilbao, 1967.

inmenso lujo, de los pisos de precio sideral, ahí lo que acusa firmemente Pablo VI (...) “Cuanto tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos hogares sufren la miseria, cuando tantos hombres viven sumergidos en la ignorancia... cuando aún quedan por construir tantas escuelas, hospitales, viviendas dignas de ese nombre, todo derroche público o privado, todo gasto de ostentación nacional o personal, toda carrera de armamentos se con vierte en un escándalo⁵.

“Educación y buen gobierno”, en síntesis del P. Llanos, aventurarían una sociedad más justa, más pacífica, más humana.

Vivir en la sociedad del riesgo mundial

En el “Día Internacional para la Erradicación de la Pobreza”, del pasado día 17 de octubre, la Alianza Española contra la Pobreza denunciaba que la ayuda ha disminuido un 25 por ciento en los últimos quince años. Las promesas incumplidas de los países ricos condenan de hecho a la pobreza a más de la mitad de la población mundial.

De hecho hoy, las naciones ricas destinan, en proporción a su renta, la mitad de ayuda que en los años sesenta. En 1990 la media de la Ayuda Oficial al Desarrollo se situaba en el 0,33 por ciento del PIB de los países donantes; en tanto que hoy, apenas rebasa el 0,25 por ciento.

Las promesas incumplidas de los países ricos permiten, o provocan, que mueran por hambre o por enfermedades fácilmente evitables 35.000 personas al día; mientras que 1.100 millones viven en condiciones de pobreza extrema (menos de 1 dólar diario) y 1.600 en condiciones de pobreza (menos de 2 dólares). En total suponen, y son, el 40 por ciento de

⁵ *Ibidem*, pág. 53.

la humanidad; precisamente ahora en que la erradicación de la pobreza resulta más posible, gracias a la tecnología y recursos más que suficientes.

Acabar con la pobreza sigue exigiendo, mayor y mejor Ayuda Oficial al Desarrollo, la cancelación de la deuda externa de los países pobres y cambiar las normas de comercio internacional. No obstante, la ayuda de los países ricos disminuyó –es bueno reiterarlo- un 25 por ciento en los últimos 15 años. Sólo 5 países –Dinamarca, Luxemburgo, Países Bajos, Noruega y Suecia- están respondiendo positivamente al encargo de Naciones Unidas de destinar el 0,7 por ciento de su renta a ayudas. La aportación española se sitúa entre el 0,35 y el 0,40. De hecho, el 0,7 por ciento del PIB de los países enriquecidos no va más allá de la quinta parte de lo que gastan en defensa o la mitad de los que destinan a subsidios agrarios.

El lema de la Campaña recién celebrada es y contiene un reto, a la vez exigente y esperanzador: ***“Rebélate contra la pobreza. Más hechos y menos palabras”***.

Ha surgido, entretanto, un problema y un prisma nuevo de visión de este reto y de estos objetivos: *la vida en riesgo permanente*; la inseguridad mundial que, tras las experiencias norteamericana, española o inglesa, supuso mayor preocupación, más inversiones y más miedo que cuantos accidentes naturales puedan costar en vidas o en destrozos de todo tipo. “La ignorancia de la globalización del riesgo –refiere U. Beck- aumenta la globalización del riesgo”; porque “el desastre surge de aquello que no conocemos y que no podemos calcular”. Porque, ante la inseguridad y el riesgo, sobre todo más y mejor percibidos en los pueblos de mayor nivel económico, se precipitan y con urgencia las más expeditas renunciadas a

libertades y a formas de solidaridad. El *shock* de peligro está llevando a “la sociedad moderna a vivir cada vez más ocupada debatiendo, previniendo y gestionando los riesgos que ella misma ha producido”:

“La sociedad del riesgo mundial se enfrenta al terrible problema de tener que tomar decisiones sobre la vida y muerte, guerra y paz, sobre la base de un más o menos admitido desconocimiento”⁶.

Respuestas nuevas a interrogantes desconocidos

La “hiperestesia del miedo” ha vuelto a escena; y ello colabora a un volver sobre sí mismo, a favor de un “egoísmo colectivo”, casi autista, que evita aperturas, busca responsables fuera de las propias fronteras y opta por considerar a “fundamentalismos” no siempre conocidos responsabilidades internacionales en la organización, apoyo y avances del terrorismo.

Las consecuencias de estos procesos son imprevisibles. Ya no valen sólo, ante los riesgos, los conocimientos derivados de la experiencia o de la ciencia; y deben ser tenidos además en cuenta la precaución, la duda, la sospecha, la ficción o el miedo. Los poderes públicos se ven forzados a proclamar una seguridad que no pueden satisfacer. Se pasa, pues, de la confianza a la sospecha; se desemboca en la “individualización trágica”: el individuo debe hacer frente por sí mismo a las incertidumbres del mundo global y acaba desconfiando de las promesas y seguridades provenientes de la ciencia, de los políticos que gobiernan, de los medios de comunicación, de las empresas, del derecho o incluso del ejército; y se accede a nuevas

⁶ U. Beck, *Vivir la sociedad del riesgo mundial*, Cuadernos CIDOB, Dinámicas Interculturales (8), Barcelona, julio de 2007, pág. 14.

formas y líneas de conflicto, hasta desembocar en “histerias” de diverso matiz: “mientras los estadounidenses ven a los europeos presos de una histeria medioambiental, muchos europeos ven a los norteamericanos inmersos en una histeria terrorista”⁷(pág. 18).

El “cambio decisivo en la Historia de la Humanidad”, que Pablo VI refería en 1967, quedó postergado por los dos eventos que sobresaltaron, desde perspectivas diferentes, el fluir histórico del último cuarto del siglo XX: *el desarrollo de la sociedad de la información y del conocimiento*, a partir del acceso universal a Internet y de la apuesta por una economía globalizada, y *la caída del socialismo real*, generosa y globalizadamente difundida a partir de la caída del muro berlinés.

Crecieron los poderes económico y político, que prefirieron aunarse. Voló el capital por encima de las fronteras nacionales, que, por otra parte, sirvieron de justificación y apoyo cada vez que las organizaciones internacionales, la ONU en primera instancia, demandaron tomas de conciencia, propósitos de actuación y apoyos económicos que siguen siendo, pese al bien que consiguieron, insuficientes. Es más, su hacer vino en gran parte condicionado, cuando no determinado, por intereses y por objetivos estratégicos, diplomáticos y políticos que tienen poco que ver con el mensaje pontificio: “tener más para ser más”.

Como nota final, a tener en cuenta, y sin que ello suponga una consideración negativa a cuanto se hace y proyecta, dos testimonios recientes:

⁷ *Ibidem*, pág. 18.

1º: El de la campaña por la abolición de la deuda externa, *¿Quién debe a quién?*, hoy por hoy presente en el mundo universitario en la espera de sumar adhesiones, ajustar compromisos y generar tomas de conciencia eficaces, sin esperar a que sean los Estados o los poderes públicos los que tomen la iniciativa⁸. Sus comprobaciones y sus luchas se orientan a constatar cómo el pago de la deuda externa se cobra diariamente la muerte de personas, y se convierte en causa de violencia estructural y de agresión sistemática contra los derechos humanos; a fomentar la participación ciudadana, en Norte y en Sur, y trasladar a todos la idea de la corresponsabilidad tanto en las causas de la deuda como en la búsqueda de soluciones para su abolición; en exigir a los gobiernos, mediante presión política, la realización de auditoras que lleven a la anulación de la deuda ilegítima; en promover un debate social y político en torno a las consecuencias de la misma y de las exigencias de la restitución oportuna; en decir muy alto tener muy claro que el “modelo” que promueven el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el G8 siguen fracasando en su “despótico intento de gobernar el mundo y en sus promesas incumplidas de reducción de la deuda externa”.

2º: En las recientes declaraciones del Decano de la Escuela de Negocios Wharton, de la Universidad de Pensilvania, de las más prestigiosas de los EE. UU., Th. Robertson, uno de los expertos en marketing y finanzas más influyentes, declaraba sin ambages ni rodeos: “El subdesarrollo es más un problema de distribución de riqueza que de carencia de recursos”⁹.

⁸ www.quiendebeaquien.org. De especial interés su consulta.

⁹ El Mundo, sábado, 17 de noviembre de 2007, págs. 8-9.

Insiste más en la “responsabilidad corporativa” que en la “cuenta de resultados”; aunque lo que de hecho busca es la combinación de ambas. Ciertamente –matiza- que “el objetivo principal de las empresas es ganar dinero, pero no a cualquier coste, sino de una manera sostenible y perdurable en el tiempo”, según Aldo Olcese, uno de los integrantes de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras (Racef) de la Comisión que elaboró el Código Unificado.

¿Acaso no se acaba de tomar conciencia de que invertir en el desarrollo de los pueblos pobres o más atrasados no es la mejor inversión, incluso a corto plazo, como manera de aumentar riqueza, lograr buenas cuentas de resultados y crear “valor social” a través del mundo?

Vayamos, sin embargo, a la realidad más pedestre, rutinaria y diaria: la de la inmigración descontrolada, y la de los efectos desconocidos de estos procesos. A primeros de noviembre, y ante la muerte de 47 inmigrantes que intentaban arribar a Canarias, el obispo de Tenerife hablaba de la “realidad que nos desborda” , e incitaba a la toma de medidas, que debía partir lógicamente de la “mejora de la conciencia frente al drama. “Sería trágico –aducía- que perdiéramos la sensibilidad y nos acostumbráramos a este drama”